

Los Ochenta Mundos de Cortázar

Por IGNACIO VALENTE

Desconcertante, nuevo, irritante, convincente es el cajón de sastre —tan largamente prometido y esperado— que nos entrega hoy Cortázar, este irregular de la literatura, este maduro enfant terrible que les ha nacido en París a las letras latinoamericanas.

De un cuanto hay contiene su vario y extenso collage que se llama "La vuelta al día en ochenta mundos", transposición del título de su tocayo Verne, que nos enfrenta a su voracidad jádica y fantástico, exploradora e insólita. Hay en estas páginas relatos, poemas, historias de cronopios, explicaciones de sí mismo, opiniones literarias, defecaciones de causas perdidas, incursiones heterodoxas —biográficas— en el jazz, la criminología, la antropología, el boxeo, el tango, páginas como de diario, infinitas de citas, etc. Pero ninguna de estas cosas exactamente, pues su género rechaza toda clasificación convencional; no cabe hablar de cuentos, semblanzas, artículos, memorias, sin que la mención de la diferencia específica certazariana modifique el sentido mismo de los géneros aludidos, en este caso puras variantes formales de una personalidad autogénica de sus gustos, impresiones, lecturas, encuentros, caprichos y diálogos.

Comenzaré por lo irritante, reconociendo que a menudo se trata de lo genialmente irritante. Me refiero a ciertos lujos cuyo derecho nadie niega al autor; el hecho es que se los toma. Hay de entrada una manera de ponerse a salvo de la crítica, una martingala literaria, una sutil descalificación de sus posibles disidentes, que el propio Cortázar se encarga de hacer sospechosos como tonos graves, convencionales, lectores-bombas, occidentales rutinarios, etc. Esto entre líneas, muy delicadamente, casi sin dejar pruebas escritas. ¿O estoy hilando muy fino? Creo que el lector inseguro se ve condicionado y se asusta: su disidencia sería algo inequívoco de sobrarle cultura occidental y de faltarle sentido del humor, las peores faltas en este código.

De modo paralelo, el autor disfruta de una hiperconciencia de humorista con alcances patafísicos: qué divertido, dice, pensar en el efecto de este libro sobre la gente sería, qué suerte ser "un argentino que no se cree obligado a escribir en serio, a ser serio, a sentirse ante la máquina con los zapatos lustrados y una sepulcral noción de la gravedad del instante". Qué terriblemente en serio se toma a sí mismo este humorista! Se pregunta uno si el humor, por metafísico que sea, es un producto tan, pero tan escaso como para sentirse en un caso así de excepcional y jubiloso.

El otro punto vulnerable es su amateurismo en dominios que Cortázar incursiona y practica con cierta soltura, la filosofía y la poesía, en contraste con la excelente profesionalidad de su oficio literario. El mismo nos sugiere que los seres "extraviados" o excéntricos —categoría positiva en que con razón se incluye— no son necesariamente y sólo los poetas y los filósofos; también hay humoristas, anarquistas, criminales, narradores —es su caso— que son como "poetas no profesionales", no menos excéntricos y con frecuencia más lúdicos que los poetas de oficio. No hay por qué exigirle esta última profesión: dicho sea en su descargo. Pero (de sus dilematismos filosóficos no hablo) el hecho es que Cortázar escribe y publica —en este mismo libro— poemas, poemas profesionales. Y estos poemas son pobres, para decirlo con todas las letras. No

son ni la sombra de su prosa. En los versos pierde Cortázar su habilidad, su propio e inculcable talento poético, incluso su humor, y se torna alcorico, ingenuamente denso, torpemente críptico, hasta amanejado: Dilettante. "En los últimos tiempos —dice en nota introductoria a algunos poemas— me he preguntado por qué casi nunca quisiera publicar versos, yo que he escrito tantos..." En esta pregunta —cuya respuesta me parece obvia— creo que Cortázar ha perdido el sentido del humor.

Pero sería mezquino reuener sólo estas verididades, que por lo demás son saltaduras de un mosaico magistral en su orden. La obra en su conjunto, y el detalle en su mayor parte, muestran un escritor de suma personalidad, de suma libertad, capaz de trascender de un plomazo los caminos trillados, los géneros establecidos, las convenciones literarias del Río de la Plata, de Santiago, de América latina toda. Para arrancar a la glosa personal acentos insusuales en el continente, Cortázar ha llegado a la altura de proponer lo que quiera, de realizar lo que quiera, al menos en este género menor del periodismo patafísico. ¿O es un género mayor? Que se me perdona la rutina occidental de mis esquemas.

El hecho es que Cortázar goza de una extrema libertad periodística, narrativa, fabuladora, poética, analítica. Me aquí un libro que tiene el raro privilegio de no parecerse al de ningún otro, porque este libro es Cortázar, se identifica con sus experiencias y fabulaciones, y en cuanto al lenguaje, posee una imponderable liviandad y lucidez —hasta descaído— que le quitan toda presencia intermedia, todo peso propio: a través de él nos movemos directamente en el medio de las ocurrencias del hombre Cortázar. El autor ha querido escribir un libro-respiración, un libro-esponja, cuya ley suprema sea esta doble y suave fluctuación de intercambios vitales de un hombre con su mundo, sus lecturas, sus amigos y fantasmas, y cuyo lenguaje sea apenas el suavísimo instrumento de esta interpenetración: lo ha conseguido.

La personalidad no le viene a esta obra de retrotrácanos subjetivos o de claves interiores. Se trata, en general, de relatos y comentarios objetivos, con asunto, tema, argumento: un libro ajeno, una vicinidad propia, un diálogo, una costumbre, una institución, un autor o muchos autores. Aquí se verifica el concepto del estilo como un modo de ver, una óptica personal. De la anécdota, la frase ajena, el recuerdo, el caso policiaco o musical o deportivo, Cortázar construye un mundo, a veces rebuscado pero siempre real, evidente y fantástico a la vez; un mundo que sin sus ojos no hubiera existido. ¿Podemos pedir más a una obra literaria?

En suma, un libro escrito para gozo de cronopios y desánimo de graves, pero quizá no tanto como el propio autor cree y deja entrever. Un libro que debe ser juzgado con arreglo a su condición irregular, excéntrica, y a sus propias y juguetonas leyes, es cierto, pero no por insólito menos susceptible de juicio según nuestras sabias y tristes categorías occidentales, que por lo demás son las de Cortázar hasta la médula. Un libro que busca y encuentra nuestra complicidad, como toda la obra de este autor; pero que no por eso excede nuestras medidas —como menor—, ni consigue en el humor la coartada olímpica ante el juicio de la pobre gente sería.

del mesenio, lgo., 14-10-1968/ p. 3.

Los Ochenta mundos de Cortázar [artículo] Ignacio Valente.

Libros y documentos

AUTORÍA

Valente, Ignacio, 1936-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1968

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Los Ochenta mundos de Cortázar [artículo] Ignacio Valente.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile